

Vertebrar la Historia¹

Vertebrating History

MARÍA CARREÑO LÓPEZ

Universidad de Almería
España
airamcarre@gmail.com



Melancolía vertebrada: La tristeza andaluza, del Modernismo a la Vanguardia.
Miguel Ángel García García.
Barcelona, Anthropos, 2012. 350 págs.

La tristeza que tuvo tu valiente alegría.
García Lorca

Ser radical es aferrar las cosas por la raíz. Mas, para el hombre, la raíz es el hombre mismo.
K. Marx

¹ Para citar este artículo: Carreño López, M. (2012). Vertebrar la Historia. *Álabe* 6 [www.revistaalabe.com]
(Recibido 20-12-2012; aceptado 22-12-2012)

Una de las características más sobresalientes de la escritura de Miguel Ángel García, es que es capaz de mantener un diálogo real (es decir, al estilo renacentista, y no al de la mayéutica platónica) con los distintos autores. El texto está conformado como un auténtico mosaico fluido donde la voz del autor articula la narración pero no la determina. El resultado es un estudio radicalmente polifónico que permite y obliga al lector a entrar en conversación con críticos y autores gracias a la distancia que el diálogo imprime sobre el objeto de estudio. Conseguir que esta escritura sea amena, ágil, placentera, y estéticamente bella demuestran una maestría formidable, pero además, una generosidad intelectual poco frecuente, ya que el profesor Miguel Ángel García exhibe el esqueleto, la desnudez de sus reflexiones, y en cierta medida reconstruye el propio diálogo que tuvo que establecer con críticos y poetas para elaborar el libro. En una época en la que la tecnología borra las huellas de los pasos intermedios en la producción literaria, el estilo de Miguel Ángel García funciona como palimpsesto de la génesis intelectual del texto. Es una escritura honesta porque es *también* formalmente honesta.

A través de la génesis del tópico de la tristeza andaluza, nos adentramos en un riquísimo estudio que va poniendo de manifiesto gran parte de las tensiones que gestan el tópico, pero también aquellas de las que el propio tópico participa como instrumento. Las relaciones identitarias España-Andalucía, Andalucía-Granada, Europa-España-África, Modernismo-Modernidad-Noventayochismo, prosa-poesía...

“Pero quizás todo comenzó con un pequeño libro, hoy casi olvidado, que apareció en la Granada de 1898: *Tristeza andaluza*” (García, 2012: 22). El profesor va a los orígenes sabiendo, como apuntaba Nietzsche en un axioma de fundamental rendimiento en la historiografía desde el posestructuralismo hasta nuestros días, que quien va a los orígenes encuentra siempre orígenes nuevos. Es decir, su genealogía no consiste en hacer un estudio genético del tópico, sino en el ir descubriendo las contradicciones y avatares históricos que lo han hecho llegar hasta nuestros días, cuestionando constantemente a los propios autores, y dialogando con los diferentes críticos sobre el porqué de sus inversiones, modificaciones y permanencias. Su labor no es otra que la difícil tarea de colocar la historia en la Historia.

Durante la lectura del texto no he podido dejar de pensar, casi alegóricamente, en las conocidas como Variaciones Goldberg, donde la reelaboración de un motivo y su omnipresencia melódica dan como resultado una obra maestra, homogénea, realizada como un puzle caleidoscópico. *Tristeza andaluza* funciona literalmente como *aria da capo*, con ella comienza y con ella culmina el estudio, pero cuando volvemos a ella en el capítulo final encontramos un texto nuevo porque el lector ya no es el mismo lector, ni la obra es ya la misma obra.

Si como reflexionaba Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, el pasado tiende a perpetuarse en el presente, restringiendo sus capacidades de futuro, la labor del crítico es la de desembrollar la confusión de los hechos, reescribir lo escrito, para aligerar un peso que suele lastrar nuestras capacidades. Hacer transparente la opacidad de las pretendidas certezas históricas, traducidas aquí en tópicos, a través de la reflexión.

En definitiva demostrar que lo “obvio y natural” que se da en una cultura lo es sólo en la medida que lo naturaliza la ideología que lo produce. De ahí que aparejados al tópico de la tristeza nos encontremos el de la pereza, la presencia determinante del medio natural, la simbología del agua, el cante jondo o el duende.

Tal y como apunta el profesor Miguel Ángel García, la forja romántica y costumbrista del tópico de la alegría andaluza, es el sustrato que nutre al modernismo y las vanguardias para desarrollar el de la tristeza andaluza. Pero la riqueza del estudio está justamente en demostrar que el paso de uno a otro implica un complejo entramado con viajes de ida y vuelta, rupturas, virajes pero también continuidades, dando como resultado el recurrente oxímoron “alegre tristeza”.

No puede eliminarse la contradicción sin eliminar las posibilidades de lectura, de ahí que el autor, lejos de anular las paradojas, las ponga de manifiesto cediéndoles la palabra a Romero Murube, a Ganivet, al propio Ortega Gasset, “vertebrador ideológico” de la teoría sobre Andalucía, a Juan Ramón Jiménez y a un largo etcétera de teorizadores del “ser de Andalucía”. En ellos vamos descubriendo que la mayor parte de los tópicos se encuentran en una situación dialógica con sus supuestos opuestos: lo jondo y lo flamenco, la poesía y la prosa, el norte y el sur, Aristóteles y Diógenes, la tristeza y la alegría, la pereza y la acción.

Sin duda estos tópicos asociados a Andalucía tienen una dilatada tradición, y muchos de ellos son parte del imaginario de la modernidad europea. La muerte de la voluntad, asociada tanto a la pereza como a la tristeza andaluza, está fuertemente arraigada en la cultura finisecular de Occidente, llegando quizás a su exponente literario más reconocido con *Oblómov*, del ruso I. A. Goncharov. El profesor apunta en esta dirección cuando cita el *spleen*, o el *ennui*, o relaciona los famosos versos de M. Machado “mi voluntad se ha muerto una noche de luna/ en que era muy hermoso no pensar ni querer” con la filosofía de Schopenhauer. Sin embargo el tópico de la tristeza andaluza, aun nutriéndose de diversas tradiciones y participando de una modernidad en la que España, a contramano o no, también estaba inmersa, es finalmente establecido y “depurado” por un grupo de intelectuales muy concreto. Por otro lado, gran parte del peso legendario asociado a la tristeza y la pereza durante la larga gestación del tópico, se hace recaer asociado al paraíso perdido de Al-Andalus y a sus habitantes ya para siempre ausentes: moriscos, almorávides o judíos. De este modo Granada se erige como la ciudad de la gran pérdida, y una vez identificada tristeza con poesía, Granada pasa a ser, en palabras de Lorca “ese poema realizado que odia secretamente todo poeta verdadero”.

Reaccionando contra la Andalucía de “pandereta”, el pintoresquismo, o el flamenguismo chabacano, la vanguardia española realizó un esfuerzo de estilización del andalucismo, y por lo tanto de su tristeza. Falla, Juan Ramón Jiménez y el propio Lorca, fueron fundamentales en esta estabilización del tópico. Una vez que Andalucía se abstraía de Andalucía, se esencializa, se universaliza, está lista para convertirse en “almacén de símbolos de la cultura españolista”, en palabras de García Montero; es entonces cuando vuelve sobre el territorio que le sirvió de pretexto para sancionar qué es y qué no es ge-

nuinamente andaluz. Esta es otra de las grandes paradojas que observamos en la conformación y difusión del tópico, y que nos ayudan a comprender a través de qué mecanismos se convirtió Andalucía en sinécdoque de España, sin olvidar que las dos tradiciones que conviven en la imagen literaria y extraliteraria de Andalucía: la costumbrista “de reafirmación española” y la “ideal” “de vocación universal” (usando la cita de García Montero recogida por Miguel Ángel García), surgen asociadas, no enfrentadas.

En *El Veintisiete en Vanguardia* (Pre-textos, 2001), Miguel Ángel García explica que: “La poesía pura, la autonomía del arte de vanguardia en general, constituía a decir verdad un ‘sistema orientado y falseado’ de representaciones que abocaba mucho más al desconocimiento que al reconocimiento de las reales condiciones sociales, políticas o culturales de la España del momento”, y un poco más abajo especifica: “la ‘realidad’ cotidiana se erige en enemigo declarado una vez aceptada la premisa de la autonomía”.

Díaz del Moral, a propósito de esta “ausencia”, nos recuerda que: “Por lo visto, se había olvidado toda la historia del proletariado andaluz, se había olvidado que el proletariado andaluz y catalán habían sido los dos ejes de la evolución obrera española”. Es decir, que la estilización de Andalucía, su melancolía, su alegre tristeza, proyectaron una sombra desmesurada sobre la historia andaluza, hasta el punto de negar las posibilidades ya no filosóficas, si no políticas de sus habitantes. Cansino Assens, siguiendo a los hermanos Caba, y participando de las teorías de Ortega y Gasset, niega abiertamente las posibilidades políticas de los andaluces, proclives a un “anarquismo individualista”, y más inclinados por tanto, en caso de conatos de rebeldía, al bandidaje que a la organización política.

Estos olvidos históricos junto a la función hipertélica de la perdida Al-Andalus son el resultado de una mirada orientalizante, por un lado por parte de los viajeros románticos, pero por otro también de los escritores españoles que “se distanciaron ‘hacia adentro’, hacia el propio pasado” (García, 2012: 241). Afirma Edward Said que “todas las culturas tienden a construir representaciones de las culturas extranjeras para aprehenderlas de la mejor manera posible o de algún modo controlarlas.” Hay un interés utilitarista, interesado, que Miguel Ángel García describe de la siguiente manera: “La revalorización de lo musulmán coincide con la búsqueda de una estética sofisticada, y esta se encuentra en la magnificencia arruinada de un pasado legendario” (García, 2012: 241). Comprender la realidad implica, en parte, un distanciamiento, ya sea a la manera de Brecht, ya a la de Hegel. El orientalismo, al contrario, pretende hacer del objeto que narra un complemento que supla sus propios anhelos o carencias, de sensualidad, de aventura, o de pura dominación económica.

El orientalismo que atraviesa prácticamente todas las visiones de Andalucía es contrastado y matizado en el análisis de García, distinguiendo entre un orientalismo simbolista, y dos orientalismos muy próximos entre sí: el del alhambrismo y el representado por Manuel Machado, modernista, decadente y (por lo tanto) aristocratizante. No es de extrañar que los grandes ausentes en esta construcción del tópico de la Andalucía triste, sean justamente los mineros almerienses o los jornaleros de Jaén. Con fina ironía señala

Miguel Ángel García, como, tras un coqueteo realista, Azorín vuelve a lo poético: “Ha quedado atrás el cronista de lo trágico y ha pasado a primer plano el artista ese artista por el que pregunta, llamado a recoger el “alma” de Córdoba(...)”.

Y es que “cualquier ideología estética, incluso la del arte por el arte, es indisociable de unas relaciones sociales e ideológicas” (García, 2012: 246).

Lo que se pretende borrar de la historia, o aquellos huecos discursivos que descubrimos en la narración historiográfica, (usando una frase de Miguel Ángel aquello que está “eludido, elidido, silenciado”) no desaparece completamente de los sistemas culturales, sino que deja su rastro y pervive de manera espectral. Sin duda el fantasma que recorre este estudio no es el del legendario esplendor andalusí, sino la presencia-ausencia de la realidad andaluza en la forja de su ancestral tristeza. Una historia sin historia que el profesor Miguel Ángel García ha ido vertebrando a través de sus contradicciones y sus vacíos. Según Goethe “nada es más incoherente que la suprema coherencia, porque ella produce fenómenos antinaturales que acaban por causar efectos contrarios”. No se trata, por tanto, de forzar la Historia, sino de permitirnos pensarla en su absoluta complejidad.